

situación espiritual de un cuzqueño al de un hombre de Buenos Aires. Ellos tienen debajo los restos y hasta la herencia de una gran cultura indígena. Aquí no tenemos nada.

—¿Y esa doble quiebra se refleja en la literatura?

—Claro. En cualquier parte del mundo el hombre es transitorio y mortal. Pero un cuzqueño, como un romano, tiene detrás una herencia milenaria, tiene por decirlo así el respaldo de sus formidables monumentos de piedra. Aquí somos más transitorios, más mortales que en París o Roma. Ahora bien, si el problema metafísico central del hombre es la muerte, su finitud, hay que convenir que aquí el problema ha de ser más angustioso que en esas viejas civilizaciones. Buenos Aires parece un tembladeral: millones de inmigrantes se juntaron al azar, nada permaneció estable, ningún orden centenario rigió nuestra existencia y para colmo fue una especie de factoría por el desarrollo de nuestra realidad a impulsos del imperialismo extranjero. Así se formó un hombre inestable, problemático, triste, angustiado, que se lo ve en lo mejor de nuestra literatura, desde Hernández hasta Arlt, y hasta en ese suburbio de la literatura que es el tango: lo que prueba que no es cosa de intelectuales y mucho menos de cipayos, como diría el teórico que mencioné más arriba. Es cosa humana, profunda y dramáticamente humana. ¿De qué nos habla el tango? Los mejores, los más trascendentes, nos dicen que el mundo es un cambalache, que la vida se va y no vuelve, que el asfalto borró de una manotada el barrio que nos vio nacer y termina diciéndonos que quiere morir solitario, sin confesión y sin Dios, como abrazado a un rencor. Lejos pues de ser estos problemas metafísicos problemas importados son problemas tan profunda y entrañablemente argentinos como el tango *Que vachaché*.

—¿Cuáles serían entonces las novelas más representativas de nuestra realidad rioplatense?

—Sin duda aquellas que describen e indagan despiadadamente el núcleo profundo de nuestro carácter de hoy y aquí: nuestra tristeza, nuestro resentimiento, nuestra angustia, nuestro descontento, nuestra frustración, el vértigo ante esta especie de caos que es Buenos Aires y nuestro país. No son muchas cosas, como pudiera parecer a primera vista: son variaciones de un mismo y dramático sentimiento. Así, a pesar de ser inferior desde el punto de vista estrictamente literario, me parece más representativa la obra de Arlt que *Adam Buenos Ayres*, novela notable en muchos sentidos, con capítulos extraordinarios, pero que a pesar de eso no llega a ser grande porque en total es algo así como una gigantesca broma, aunque por momentos sea una broma de gran calidad poética. Y la palabra es exactamente la que corresponde a un magnífico representante de aquel grupo que hizo de la broma una de las claves de nuestra literatura. Pero, como dice algún personaje de Faulkner que ahora no recuerdo, nada de lo que se refiere a las pasiones, a la vida y a la muerte de los hombres puede ser motivo de juego ni de broma.

[Tomado de *El Escarabajo de Oro*, Buenos Aires, enero de 1962.]

Carta de París

Por Manuel TUÑÓN DE LARA

La mañana del 15 de marzo, casi en los momentos en que iba a producirse un viraje histórico en la vida de Francia y de Argelia, sustituyendo el siempre ineficaz "diálogo" de las armas mortíferas por el auténtico diálogo de los corazones y los cerebros, esa mañana, digo, los recalcitrantes del "diálogo de las pistolas" —fórmula falangista que ahora se eleva a las ametralladoras y cargas explosivas— asesinaban fríamente en los arrabales de Argel a uno de los primeros valores de la literatura argelina: Mulud Feraoun. Con él perecían, bajo las balas de los pistoleros fascistas de la OAS, cinco intelectuales más, "culpables" todos ellos de preferir la difusión de la cultura a la propagación del odio, animadores todos de los Centros Sociales creados en 1955 por Germaine Tillion, según las orientaciones de la UNESCO.

La trágica muerte de Feraoun ha sido uno de los acontecimientos que más ha sensibilizado a la opinión intelectual durante estas últimas semanas. Es verdad que los muertos en análogas condiciones se cuentan por centenares, pero la muerte de Feraoun significa, una vez más en la historia, la supresión ciega, despiadada, de alguien que simboliza los esfuerzos del hombre por superar la prehistoria zoológica, realizada por quienes no vacilan en exaltar los "valores" zoológicos con tal de perpetuar infesables privilegios. No es extraño que el paralelo entre Mulud Feraoun y Federico García Lorca haya sido establecido por varios periódicos y comentaristas parisienses. Yves Florenne en *Le Monde*, al escribir sobre "Poetas asesinados", no sólo traza el paralelo Lorca-Feraoun, sino que opone su fin trágico a los de Chenier y Brasillach. "Ni la igualdad en la muerte ni la vocación de cantar durante la vida —dice Yves Florenne— basta para justificar que se reúna en un mismo coro a Feraoun, Chenier, Lorca y Brasillach... Unos han muerto por la libertad, y otros contra ella. Ésa es toda la diferencia."

Nada más y nada menos. La valentía de Yves Florenne impide todo confusiónismo en un asunto donde en nombre de un sentimentalismo dudoso se suelen mezclar las víctimas de los tiranos y los troveros de éstos.

Ese mismo sentido tiene la imprecación dolorida de Jules Roy: "Los hombres que han matado a Mulud Feraoun o que se han alegrado de su muerte no pueden ya ser mis hermanos y yo no puedo ni conocerlos... Hubo un tiempo en que compartí con ellos los bienes de la tierra y del cielo, pero eso no se reproducirá jamás. No hemos salido del vientre de la misma madre."

El Comité Nacional de Escritores, que la semana pasada se había ya elevado contra las violencias de la OAS, ha difundido un comunicado en el que dice: "Un escritor kabyli de lengua francesa, que había probado por su obra la posibilidad de unir las dos tradiciones y las dos culturas, Mulud Feraoun, acaba de ser salvajemente asesinado con varios de

sus colegas franceses... El honor de Francia reside en el castigo de los culpables. Hay que impedir, cueste lo que cueste, que esta mancha de sangre permanezca como una hipoteca sobre la paz que vuelve a establecerse entre el país de Mulud Feraoun y el de Jean Prevost y Jacques Decour."*

Mulud Feraoun había nacido en la Alta Kabylia en marzo de 1913. Hijo de un modesto *fellah*, Feraoun no hubiera sido más que un simple pastor, sin sus maestros, que le consiguieron una beca para seguir la carrera del magisterio. Como educador ha trabajado hasta su último día, primero erigiendo una escuela en el *bled*, luego en los Centros Sociales. Como escritor, obtuvo en 1953 el premio Populista por su novela *La tierra y la sangre*; en 1954 publicó *El hijo del pobre* (autobiográfica) y en 1957 *Los caminos que suben*. Sus textos sobre la Kabylia han sido utilizados frecuentemente en las escuelas. Feraoun, espíritu abierto, que ignoraba el odio y condenaba la violencia, fue gran amigo de Albert Camus, de Jules Roy, de Emmanuel Robles. Estos dos, que le han sobrevivido, escriben su honda pena y su cólera ante el crimen irreparable. Ya hemos citado unas frases del primero. Y el autor de *Monserat* dice así: "Ante estos seis mártires, sólo deseo proclamar a voz en grito mi pena, insultar a esos asesinos innobles y más aún a quienes los armaron." Pero elevándose sobre el dolor inmediato, concluye con una afirmación que se refiere a los principios espirituales que están hoy en juego: "Las armas que han tirado sobre estos hombres justos siguen apuntando sobre todos nosotros, y no solamente sobre nuestras vidas sino sobre lo que vale más que nuestras vidas."

Por su parte, el Pen-Club, ha honrado solemnemente la memoria de Mulud Feraoun, en presencia de gran parte de sus miembros, de los delegados de los ministerios de Educación y de Bellas Artes y de los directores de las Editions du Seuil.

La irrupción violenta de los dramas nacionales en la vida de la cultura, ese trenzarse de la vida colectiva en los actos de la existencia cotidiana explica —y lo hemos dicho aquí más de una vez— el acantonamiento de un vanguardismo literario de pura forma en parcelas cada vez más restringidas. ¿Cómo, para no ir más lejos, podría yo hablarles ahora, sin solución de continuidad, de las vivencias de objetos en la novela moderna? Cuando la sangre salpica las paredes de los centros de cultura y mancha las páginas de los libros escolares, es que la cultura misma está en peligro. Y tan verdad es esto, que escritores cuya obra parece desentenderse de los imperativos socio-históricos de nuestro tiempo, adoptan en la vida cívica inequívocas posiciones que denotan su lucidez; ése es el caso, por ejemplo, de un Butor, de una Marguerite Duras, de una Geneviève Sarraute.

* Escritores franceses asesinados por los nazis durante la Guerra Mundial.

ARTES PLÁSTICAS

Obras maestras de México en París *

Por Octavio PAZ

No es extraño que en semejante circunstancia los libros que tienden a reinsertar lo novelable en una coyuntura histórica precisa, estén llamados a tener más resonancia. Ya habíamos hablado de los libros que preparaba Jean-Louis Bory; uno de ellos, *L'odeur de l'herbe*, acaba de salir y ya está logrando un apreciable éxito de crítica. Jumainville, aldea francesa, vive a su manera los años de la gran Revolución, del Directorio, del Consulado... Los nuevos propietarios que sustituyen a los señores de antaño, el alcalde astuto que juega las dos cartas (la revolucionaria y la de los realistas emigrados), los campesinos que discuten en la taberna de unos acontecimientos que penetran despacio en su aldea y mucho más lentamente en sus conciencias, las mujeres cuya cháchara en el lavadero y a la salida de misa es también como espejo cóncavo en que se reflejan los grandes hechos... Pasan los años, las cosechas suceden a las labores y las siembras a las cosechas; desaparecen los nobles y aparecen los nuevos ricos. Y el campesino, despacio, muy despacio, va tomando conciencia de los cambios, inmóvil él en el ritmo cíclico de las estaciones, de sus campos. Continúan viviendo —dice Bory— a la altura de la hierba. Algo así como los campesinos españoles de los que decía don Miguel de Unamuno que habían seguido curvados sobre la tierra de sol a sol sin enterarse de la "Gloriosa" de 1868 cuyo estruendo, anunciado por Prim, careció de onda sonora más allá de los últimos suburbios de las grandes ciudades. Con la diferencia —esencialísima— de que lo que ocurrió en Francia entre 1789 y 1794 transformó todas las relaciones humanas y económicas del campo francés.

El libro de Bory es una novela anclada en un momento histórico, pero los libros de historia dirigidos a un público extenso siguen su progresión ascendente. Por tratarse de un tema genuinamente americano, tratado con inteligencia y amenidad, es indispensable mencionar el libro de Alfred Metraux, *Los Incas*, publicado por las Editions du Seuil. No es tan sólo una descripción de los rasgos esenciales de la sociedad incaica y de su destrucción por los colonizadores (que hoy llamaríamos colonialistas), sino también un haz de ideas proyectado hacia el porvenir con una estimación muy digna de apreciar por los valores específicamente americanos.

Sobre el tema jamás agotado de la gran Revolución Francesa, se anuncia un libro importante de Albert Soboul que, al decir de quienes han leído el manuscrito, se integrará necesariamente en esa constelación de libros-clave para comprender el acontecimiento de orden ecuménico que se produjo en la Francia de fines del siglo XVIII: los de Michelet, Jaurés, Mathiez y Georges Lefebvre.

En fin, otro libro de historia, ésta muy reciente, es el de Alfred Grosser sobre *La Cuarta República y su política exterior*: serio, documentado, teniendo en cuenta la interpretación de la política exterior con la política a secas y sus principales órganos... Un libro que contará para conocer ciertos aspectos de la Francia contemporánea.

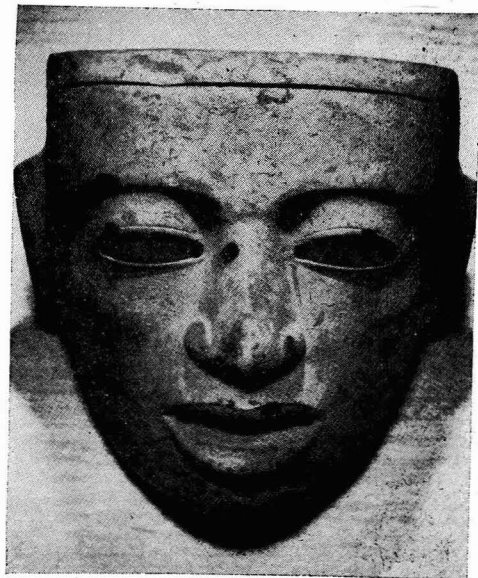
Hace unos veinticinco años Toynbee reducía a seis las civilizaciones realmente originales: la egipcia, la sumeria, la sínica, la minoana, la maya y la andina. Las cuatro primeras, o sus descendientes, pronto entraron en relación, al grado de que la historia de los tres Continentes en que nacieron (África, Europa y Asia) es una historia común. Sería inútil hacer un catálogo de lo que deben los hindúes a los griegos, los chinos a los hindúes, los europeos a los chinos. En cambio, la civilización "mesoamericana" (que Toynbee llama, con inexactitud, "maya") y la de los Andes, nacieron solas y solas crecieron. Separados del resto del mundo por dos océanos, aislados entre ellos por desiertos, montañas y selvas, sin disponer de ninguno de los animales domésticos de los otros Continentes, menos afortunados que Robinson, dueño de los despojos de su barco, los indios americanos tuvieron que inventarlo todo, desde la agricultura, el vestido y las armas, hasta la escritura, los dioses y la astronomía. Inclusive tuvieron que comenzar antes del comienzo: el maíz, base de su alimentación durante milenios, no es una planta silvestre sino un híbrido, producto del ingenio humano. Haber "inventado" el maíz es una hazaña más sorprendente que la construcción de sus pirámides o la creación de sus mitos y poemas. No es extraño que lo hayan divinizado. Si el destino del hombre es adorar a sus criaturas, nada más legítimo que hacer del maíz una divinidad. Y la maravilla mayor consiste en que, verdaderamente, es un dios comestible.

El maíz no sólo es la semilla de la vida: es el arquetipo de las creaciones humanas. Las figurillas femeninas de Tlatilco son representaciones simbólicas de los granos. Por eso, a veces, brotan dos caras sonrientes de un mismo cuerpo. En los relieves mayas se ve subir al joven dios del maíz, desde las profundidades subterráneas, por un árbol, una serpiente o una escalera de jade. Su crecimiento rige la sucesión de los ritos y el ritmo de las imágenes del poema; sus formas y colores inspiran todas las artes, desde las suntuarias hasta la escultura. Es el lugar de encuentro de las fuerzas naturales y sobrenaturales: está hecho de agua, tierra, sangre y sustancia divina. Tiene todos los colores; en su madurez es la deidad amarilla, como el sol.

* Publicamos el texto original en español del artículo de Octavio Paz aparecido en el semanario francés *L'Express*, sobre la Exposición de Arte Mexicano en París. Octavio Paz nos dice: "Me parece necesario subrayar, para los lectores de la *Revista de la Universidad*, que el admirable conjunto presentado en el Petit-Palais es obra de la inteligencia, el gusto y la profunda comprensión estética de Fernando Gamboa y del reducido grupo de técnicos que trabajan con él desde hace varios años. En países como el nuestro, de poca memoria, es bueno recordar estas cosas."

Sería falso, sin embargo, reducir las concepciones religiosas de Mesoamérica a un mero culto agrícola. Los mayas, más atentos a la historia del cielo que a la de la tierra, crearon una astronomía al servicio de una religión que, a su manera, fue también una filosofía de la historia; en Teotihuacán se elaboró una teología dualista y un ascetismo espiritual; entre los toltecas encontramos un dios que se humaniza, reina entre los hombres, peca, se inmola voluntariamente y se transfigura en la estrella de la mañana; los huastecos tenían una diosa de la confesión que era asimismo la patrona del placer carnal... Nada más complejo que la religión de estos pueblos. Nada más preciso. Conciben al universo como movimiento. El mundo, en su origen, es dualidad. Gemelos que se enlazan o combaten, sus abrazos y separaciones engendran las cuatro direcciones del espacio, los cuatro colores, los cuatro paraísos, los cuatro dioses, los cuatro destinos. Cada hombre nace en una fecha que es también un dios, un punto del espacio, un destino. La cifra cuatro es la imagen del universo. En el centro, ombligo o sexo del cosmos, está el punto fijo, el cinco, sol del movimiento. Nada reposa, excepto el centro; todo regresa y todo recommienza. Los dioses nacen, crecen, envejecen, perecen, renacen. El hombre, la especie entera, es un fragmento de la realidad. Sobre sus hombros reposa la terrible carga de alimentar su movimiento. De ahí la necesidad de la penitencia, el sacrificio y la "guerra florida", doble terrestre de la guerra cósmica.

La representación más perfecta del movimiento circular del universo es el calendario. La sustancia de la realidad es el tiempo. Entre los mayas cada día es un dios, portador de una "carga de tiempo", fasto, nefasto o indiferente. Gracias a una ingeniosa combinación del calendario, imposible de explicar aquí, cada 260 años terminaba un ciclo y comenzaba otro (siempre en el día Ahau: dios sol). Trece divinidades regían sucesiva-



Máscara de Teotihuacán